

HORACIO

Entre las agitaciones del brillante siglo de Augusto, en medio de aquel período turbulento de la historia romana, durante el cual, aún repercutía tristísimo por el mundo, el último suspiro de aquella orgullosa República, que hundiera su altiva frente en el polvo, para dejar libre paso al poderoso imperio que desde la ciudad del Tíber debía dictar leyes á todos los pueblos de la tierra, se levanta noble y serena, la gran figura de Horacio, para cantar las glorias de Roma, fijar el carácter de su dominación, é iniciar con enérgicos y sentidos versos el testamento del mundo antiguo.

La literatura greco-romana, al reflejar con exactitud las convulsiones y peripecias de qué fueron teatro aquellas sociedades, no bastó á pesar de todo, para lograr unir en la historia las dos poderosas corrientes, á cuyo distinto influjo se doblegaron sucesivamente las razas; corrientes misteriosas, que nacen con Homero, velando inquieto la hermosa cuna del paganismo griego, y mueren con el sombrío Tácito, como para sellar la decadencia completa del mundo romano, marcando su paso con una estela luminosa á través de la antigüedad.

Fué necesario para ello, el genio poderoso del esclarecido hijo de la ciudad de Venusio, el impetuoso Horacio, el enérgico poeta latino, cuyo nombre han agigantado los siglos, al pasar admirados ante su pedestal.

Rebozando la áurea copa, el néctar sacratísimo de la inspiración helénica henchido su espíritu de la idea profunda que presidiera al engrandecimiento de la ciudad del Tíber, entusiasta cantor de las glorias de Roma, aspirando siempre el ideal progresivo de las razas, vinculado en el estrecho recinto de la altiva reina de las naciones. Horacio lamenta con vigorosos acentos la depravación del carácter romano, la enervante atmósfera en que se agitan sus emperadores, el desenfreno de los soldados, la indiferencia de aquel pueblo aprisionado vergonzosamente por las doradas cadenas del placer, y anatematiza implacable á toda su época, perfilando misteriosa, la inevitable muerte de aquella sociedad que no se bastaba á sí misma. ¡muerte segura, cuadro espantoso, opacamente iluminada por los supremos destellos, emanados de las ignotas regiones, donde en alas de la fantasía flota libre el pensamiento humano!

El gran poeta latino demuestra en todas sus obras una tristeza profunda, que no basta á desvanecer los locos placeres con que brinda el mundo romano; su alma osada y melancólica, se pierde quizá un momento en los abismos del pasado, tal vez se oscurece algún tanto en medio de las sombras que envuelven las muertas civilizaciones, pero aún así, es para reaparecer triunfante y domador en las enhiestas cumbres del porvenir de los siglos, después de pasar rozando los bordes del sufrimiento, y de sumergirse generoso un instante en los mares del dolor.

¡Espíritu gigante, voluntad de hierro, roca fuertísima, contra la cual se estrellan inútilmente las tumultuosas olas de pasiones que levanta el mundo romano; con los pies adheridos á la miserable tangibilidad de nuestro planeta, su alma hermosa, busca ideales para la fantasía; allí donde la